

Allí estaba él, sentado en la cama, un tanto impaciente esperando ver algo en el espejo. Poco a poco iba oscureciendo, ya casi no había luz en la habitación.

Poco después... Ocurrió lo que tanto estaba esperando, su reflejo empezó a distorsionarse hasta convertirse en una chica pelirroja, plagada de pecas y unos profundos ojos negros. El chico esbozó una leve sonrisa de alivio, tenía tantas ganas de verla, de poder hablar de nuevo con ella... Aunque no podían hablar, ya que solo traspasaba la imagen a través del espejo, no el sonido, ni los olores, ni nada más.

Aquella chica, era su hermana Alicia, aunque ella murió hace dos meses en un incendio en su antigua casa, quedó encerrada bajo una viga y no la pudieron sacar a tiempo de la habitación. Desde entonces, Saúl ya no comía como antes, tenía pesadillas y no dormía casi nada, dejó incluso de ir a clase, hasta que un día, en la mudanza, encontró un espejo en el ático, un poco sucio con un precioso marco de madera tallada. Decidió ponerlo en su habitación, pero ese espejo parecía de todo menos normal, hasta que comprendió por qué le daba esa sensación.

Esa misma noche se quedó mirando el espejo, hasta que su imagen se difuminó hasta el punto en que el mismo Saúl pensaba que eran sus ojos y no el espejo, pero la imagen de su querida hermana apareció ante él haciendo que las lágrimas cayeran por sus mejillas de una manera incontrolada, cayó al suelo cubriéndose la cara con las manos gritando su nombre, la echaba tanto de menos que pensaba que empezaba a delirar... Pero nada más lejos de eso, la imagen no era parte de su imaginación, ella estaba apoyada en el cristal del espejo, moviendo los labios, como si estuviera hablando. Pero no se oía ningún ruido, tenía un gesto de preocupación en su cara, normal, viendo como su hermano mayor llora a mares ante ella como nunca antes.

Desde ese día, cuando oscurecía, tenían la oportunidad de estar juntos nuevamente, aunque no pudieran tocarse, podían verse. Noche tras noche se encontraban, y la falta de sonido no les impedía comunicarse, conseguían hablar hasta que el sol volvía a salir, aprovechaban cada segundo que ese espejo les había dado.

Pasaron las semanas, y como Saúl se pasaba las noches hablando, su padre empezó a escuchar ruidos y esa misma noche se acercó a la habitación y le escuchó hablar, pensó que había alguien más, aunque solo escuchaba la voz de su hijo. Abrió lentamente la puerta y lo vio sentado en el suelo hablando delante el espejo. Empezó a pensar que su ahora único hijo empezaba a volverse loco.

Abrió de un golpe y empezó a preguntarle qué hacía hablando solo a esas horas de la noche, a lo que su hijo se levantó de un salto diciéndole a su padre que no se preocupara, que no pasaba nada. Pero su padre parecía no hacerle caso, era ese tipo de personas que no te dejan ir hasta tener una respuesta clara y convincente, jamás lo habría entendido, era demasiado complicado para que su padre le hubiera creído. En un acto un poco desesperado lo cogió de los hombros y lo empezó a zarandear, pero a Saúl parecía no importarle mucho, ya estaba acostumbrado. Desde la muerte de su hermana, estas cosas eran bastante normales viniendo de su padre, ya que era la niña de sus ojos y le afectó casi tanto como a él.

Su padre al ver el caso que le hacía, lo soltó bruscamente y le dijo que irían al psicólogo, que no aguantaba más su situación, nunca salía de su habitación, no comía ni iba a clase, y ahora para colmo, hablaba solo por las noches. Ya tenía suficiente con lo de su difunta hija, como para empezar a aguantar ahora los delirios de su hijo.

Saúl se negaba rotundamente, ya que él no estaba loco, pero no podía hacer que su padre lo entendiera, así que simplemente se negó sin alguna razón que pudiera aceptar, hasta que en un ataque de cólera, le pegó una bofetada, para que le prestara algo de atención. Pero eso solo hizo que las cosas empeoraran; volvió a sujetar a su hijo por los hombros con un gesto que Saúl jamás había visto en el rostro de su padre, pidiéndole por favor que entrara en razón, que si no lo hacía por sí mismo, que lo hiciera por él.

Intentaba convencerle de todas las maneras posibles, hasta que se percató de que la mirada de su hijo estaba constantemente clavada en aquel horrible espejo que debieron haber tirado cuando llegaron a la casa, pero en ese momento Saúl insistió en quedárselo, y justo hace un momento estuvo hablando solo ante él. Así que tan solo le quitó las manos de encima y fue directo al espejo, lo descolgó de la pared mientras veía cómo su hijo intentaba evitarlo y lo tiró al suelo, haciéndolo pedazos.

Saúl se tiró al suelo a empezar a recoger los trozos uno a uno, gritándole que se fuera, que no lo quería ver, y que ojalá se muriese por lo que acababa de hacer... su padre, sin entender nada, tan solo se dio la vuelta, con una mirada fría y se fue.

Con lágrimas en los ojos, recogía los trozos de la única ventana que conocía hacia su hermana, no sabía si podría volver a verla o si podría volver a hablar con ella, con las manos temblando se cortó con un trozo del espejo... La sangre empezaba a salir, no mucha, pero suficiente como para que su ansiedad aumentara un poco más, cerró los ojos y se encogió en el suelo con un intenso dolor en el pecho, su aliento se volvió algo frío, se le erizó la piel y empezó a sentir como su pelo era levemente movido por una brisa cálida.

Alzó la cabeza, ya no estaba en su habitación, estaba solo, en una playa tirado sobre la arena con uno de los trozos del espejo en sus manos manchadas de sangre, reflejaba la inmensa luna que había aquella noche sobre él... Poco después tuvo la fuerza de levantarse, y empezar a caminar por la costa para ver si encontraba algo que le diera alguna pista para saber dónde estaba.

Comenzó a divisar la silueta de una persona no muy lejos de donde estaba él, era una chica, de pie mirando el oleaje tranquilo de aquella noche. Mientras se iba acercando, iba distinguiendo ciertas características que le resultaban muy familiares... Era ella, Alicia.

Al darse cuenta, echó a correr sin descanso hasta llegar hasta ella, se detuvo a pocos metros. Era real, estaba allí, en carne y hueso, sin ningún espejo de por medio que les impidiera estar juntos, la miró a la cara y la vio sonreír, esa sonrisa que tanto anhelaba volver a tener cerca... Dio unos pasos hasta ella y la rodeó con sus brazos, la abrazó como nunca había abrazado a nadie, sintió su pelo rozando sus dedos, su aliento en su pecho y sus manos en la espalda, lo estaba sintiendo todo, era increíble volver a tenerla tan viva.